

Armonía sobrenatural de la acción de Dios y del hombre en San Ignacio de Loyola

El problema de las relaciones entre lo natural y sobrenatural es complejo. Dentro de él caben perspectivas muy varias. S. Ignacio tuvo una muy definida. Pretendía aprovechar todas las energías de los dos campos para dar a su actividad la mayor eficiencia posible. Este ideal reguló su método y desde él hay que contemplarlo para poder enfocar certeramente la posición que adopta.

Sus contemporáneos dejaron constancia del arte con que sabía combinar los valores encerrados en mundos al parecer tan antagónicos.

Ribadeneyra, uno de sus confidentes más íntimos, asegura que «en las cosas del servicio de Nuestro Señor que emprendía *usaba* de todos los medios humanos para salir con ellas, con tanto cuidado y eficacia como si dellos dependiera el buen suceso; y de tal manera *confiaba* en Dios y estaba pendiente de su divina providencia, como si todos los otros medios humanos que tomaba no fueran de algún efecto»¹.

El mismo Ribadeneyra nos narra cómo S. Ignacio con ocasión de que el embajador de España parecía disgustado porque la Compañía «no hacía más caudal dél, ayudandose de su favor como de protector principal» le dijo el santo: «que pensaba decirle que hacía 36 años que N. S. le había dado a entender que en las cosas de su santo servicio debía usar todos los medios honestos posibles, pero después de tener su confianza en Dios y no en los medios»².

Gonçalves da Câmara en su Memorial anota por su parte: «El Padre, en las empresas que toma, muchas veces parece que no usa de ninguna prudencia humana... mas parece que todo lo hace fundado

¹ De MHSI, (*Monumenta Historica S. I.*) *Scripta de St. Ign.* I, 466.

² MHSI, *Fontes narr.* I, 663-664.

en sola la confianza de Dios. Mas así como en el tomallas parece que va sobre la prudencia humana, así en el seguillas y buscar los medios para llevarlas adelante usa de toda prudencia divina y humana»³.

Esta finalidad condicionó el modo peculiar con que el santo contempló las dos entidades. No las contempló de un modo teórico, ni las aisló de sus ramificaciones vitales, como quien extrae los elementos integrantes para examinarlos uno a uno más a fondo, sino que los consideró en el plano funcional en que se daban en la realidad, es decir, a Dios concediendo las gracias y al hombre recibíéndolas, a Dios dando las fuerzas naturales y al hombre aprovechándolas.

Concepción ignaciana de la gracia

Es una visión dinámica y real la suya. Los elementos esenciales quedan en este estado envueltos en otras realidades. Pero esto no implica ningún contratiempo para el santo, ya que no pretende analizar los estratos internos. Los presupone de la teología católica. A él le interesan los efectos prácticos y esto se observa más certeramente dejando los objetos en el ambiente concreto en que se mueven y examinándolos en plena actividad.

S. Ignacio no pretende abarcar el campo inmenso de la gracia. El limita su visión al aspecto que más le interesa: cómo Dios va santificando las almas. Habla generalmente del proceso que el Señor sigue cuando coge a un alma, ya en gracia, que desea avanzar en la santidad⁴.

Diríamos que habla preferentemente de los efectos espirituales que produce la acción divina en el alma, de las gracias actuales y dones, de ese enriquecimiento espiritual que trae consigo la presencia y asistencia divinas. Se trata, hablando en términos ignacianos, de «consolación espiritual», de ese «sabor o gusto interior», de esos momentos sublimes en que «muchas veces el Señor nuestro mueve y fuerza a

³ MHSI, *Fontes narr.* II. De aquí sin duda la famosa frase de HEVENESI, *Scintillae ignatianae* (texto correspondiente al 2 de enero), «Haec prima sit agendorum regula: Sic Deo fide, quasi rerum successus omnis a te, nihil a Deo penderet, ita tamen iis operam omnem admove, quasi tu nihil, Deus omnia solus sit factururus». Cf. C. A. KNELLER, *Ein Wort des hl. Ignatius von Loyola*: ZAscMys 3 (1928) 253-257.

⁴ En los Ejercicios, con todo, se habla algo de la gracia más bien en orden a la interna contrición de los pecados (n. 87), se pide gracia para conocer los pecados (n. 43), se recuerda que queda siempre la gracia suficiente (n. 320), se dan normas sobre la oportunidad de hallar la gracia (n. 369). Pero como estas expresiones son las corrientes en teología y no ofrecen perspectivas especiales, vamos a fijarnos principalmente en las cartas, en donde al hablar a personas que corrían el camino de la virtud amplía el panorama y describe el proceso divino de santificación espiritual.

nuestra ánima a una operación o a otra abriendo nuestra ánima; es a saber, hablando dentro de ella sin ruido alguno de voces, alzando toda a su divino amor»⁵.

Se trata de ilustraciones e inspiraciones divinas, ya que la persona tiene este «más gusto» y «fruto espiritual» «en cuanto el entendimiento es ilucidado por la virtud divina»⁶ y sobre todo «según que Dios nuestro Señor le pondrá en voluntad» «causando moción en ella, con la cual viene la ánima a inflamarse en amor de su Criador y Señor»⁷.

Todo esto lo han tratado abundantemente los teólogos e incluso existe algún trabajo particular sobre ello⁸. Nosotros, dejando estas nociones comunes, detengámonos más bien en lo específico y propio de S. Ignacio. Bajo este punto podemos desintegrar los elementos característicos en varios factores.

1) El santo establece como presupuesto —paralelo en cierto sentido al de la necesidad de la gracia santificante— el de *la abundancia de estos dones* para avanzar holgadamente por el áspero sendero de la santidad. El alma, si no está como reforzada por estos auxilios divinos, desfallecerá fácilmente en el camino. Y S. Ignacio testifica con creces la generosidad sin límites de Dios que está prodigando sin cesar estos favores a las almas. Casi en todas sus cartas habla de cómo el Señor concede gracia «abundante», «muy abundante», «suma y abundante», «copiosa», «cumplida», «muy especial», «inestimable»⁹.

2) Esta abundancia se refleja en otra dimensión afín: en la *continuidad* con que el Señor va distribuyendo estos auxilios celestiales. Los concede «continuamente», «siempre», «perpetuamente»¹⁰.

Al recalcar esta continuidad no quiere insistir en la necesidad perpetua de la gracia para realizar algún acto sobrenatural. El va por otros derroteros. Quiere infundir confianza en el alma elegida por Dios a la santidad y asegurarle que una consecuencia de esta elección divina es el tener asegurado de parte de Dios este efluvio especial de

⁵ *Epp. Ign. I.*

⁶ *Ej. n. 2.*

⁷ *Ej. n. 155 y 316; cf. nn. 180, 184, 330, 338.*

⁸ A. STEGER, *La place de la grace dans la spiritualité de S. Ignace: NouvRevTh 70 (1948) 561-575*, y F. X. LAWLOR, *The doctrine of grace in The Spiritual Exercises: Theological Studies (Baltimore) 3 (1942) 513-532.*

⁹ Abundante: MHSI, *Epp. Ign. IV, 31; VI, 572; VIII, 565, 557, etc.; muy abundante, IX, 550; X, 212; suma y abundante, X, 667; copiosa, II, 374; cumplida (en muchas de las despedidas de sus cartas); muy especial, I, 574; inestimable, II, 344.*

¹⁰ *Epp. Ign. I, 514; VIII, 555, 557; II, 258; X, 668; XII, 325; IX, 39.*

gracias abundantes «que el Señor nuestro por la su infinita Bondad acostumbra dar»¹¹.

Tan seguro se sentía S. Ignacio de esta asistencia divina que le gustaba denominar a esta gracia gracia «acostumbrada»¹². El don es un don gratuito, puro favor divino y, sin embargo, S. Ignacio deduce de este principio una consecuencia de signo aparentemente contrario. Un sentimiento de esperanza y confianza de que nunca fallará la gracia divina. Es un ejemplo más del sumo equilibrio que el santo sabía conservar entre los más opuestos extremos. Espera que Dios, de quien es propio dar «esperanza y no inconfianza»¹³, «porná su gracia para en alguna manera nos poder aprovechar en su alabanza y divino servicio»¹⁴.

Para comprender esta posición ignaciana hay que tener en cuenta su concepto sobre la Providencia Divina, como ya explicamos en otro trabajo¹⁵. Dios le ha elegido para que colabore a la realización de un plan determinado. Y el plan divino no puede fallar. «Mi esperanza en el Señor nuestro y en vos como instrumento no se frustrará, su divina gracia cooperando»¹⁶. La infinita Bondad de Dios tiene que «tener especial providencia de nosotros y de nuestras cosas, o por mejor decir de las suyas». Prueba inconcusa de esto es «que ha puesto su santísima mano en ello»¹⁷.

He aquí el fundamento de la confianza ignaciana. Somos cosas de Dios y El no puede permitir que fallen «sus cosas». Movido de estos sentimientos no tiene escrúpulo en acumular expresiones que hagan recalcar la confianza que siente. «Así en todo creo, y sin poder dudar espero en el Señor nuestro, que por la su infinita y suma Bondad... se dignará en darnos su acostumbrada gracia... para que en su debido servicio, alabanza y gloria siempre le haga andar adelante»¹⁸.

3) *Dimensión apostólica.*—Dentro del concepto ignaciano de la Providencia Divina hay una faceta íntimamente relacionada con lo que venimos diciendo y su última razón: la dimensión de la actividad divina. No se restringe ésta al hombre a quien se aplica, ni se da sólo por él. Dios considera a cada persona asociada a un mundo espiritual muy extenso, en función del cual organiza su asistencia. El quiere vivificar la Iglesia, que se extienda su reino. El hombre es un canal por donde pasa la gracia —aunque vivificando todo su ser— a fecundar campos más dilatados. Por ello esta gracia se da «en los opera-

¹¹ *Epp. Ign. I*, 339.

¹² *Epp. Ign. I*, 161, 192-193, etc.

¹³ *Epp. Ign. I*, 98.

¹⁴ *Epp. Ign. I*, 95.

¹⁵ *Visión ignaciana de Dios.* En «Gregorianum» n. 3 (1956) 366-390.

¹⁶ *Epp. Ign. I*, 148.

¹⁷ *Epp. Ign. I*, 149.

¹⁸ *Epp. Ign. I*, 244.

rios y en la viña que cultivan»¹⁹, es decir, se concede a los hombres en cuanto apóstoles y mediadores entre Dios y las almas.

El límite de la gracia no es la capacidad de la persona, sino la de la obra que le está encomendada. Cada jesuita debe pedir cada día «gracia para hacer su oficio y el fin dél, scilicet, la conservación y el aprovechamiento espiritual que en sus hijos pretende»²⁰; ya que el Señor distribuye las gracias en proporción de las necesidades inherentes al cargo que tiene. En virtud de este principio afirma el santo en las Constituciones hablando de los superiores que «como les es más necesaria la ayuda divina por el cargo que tienen, así es de esperar que Dios Nuestro Señor se la dará más copiosamente», y en carta al P. Laínez, por medio del P. Polanco, que «suele su providencia conferir especial influjo de su gracia a los que tienen cargo de gobernar para la utilidad común de los gobernados»²¹.

La gracia, desbordando los límites estrechos de cada persona, se desparrama a todas sus empresas «hasta donde (Dios) sabe ser expediente», y tanto más se dilatará cuanto más cargos tenga porque «sin duda es mayor virtud della (del alma) y mayor gracia poder gozar de su Señor en varios oficios y en varios lugares que en uno solo»²².

Este divino riego difunde «en todas cosas que sea en su alabanza», «en todo lo que pretendéis de la ayuda de estas ánimas»²³. Es que Dios concede las gracias «para que se aumente el fruto de su divino servicio», «le sirva y glorifique» y «de mucho bien en mucho mejor se aumente en su mayor servicio y alabanza»²⁴.

El hombre tendrá la asistencia divina «en cosa tan ardua» para que pueda poner en efecto los deseos de su honra y servicio²⁵. Con esta poderosa ayuda se aumenta «el fruto de su divino servicio», se consigue «ir adelante» y sobre todo «que en todas cosas sintamos su santísima voluntad y aquella perfectamente cumplamos»²⁶.

4) *Intensidad creciente*.—Entramos en uno de los rasgos más característicos de la economía de la gracia, según la describe S. Ignacio. Se realiza en el alma un desarrollo vital, un continuo crecimiento. En el hombre el desarrollo fisiológico tiene un límite y llega un momento en que se inicia, a pesar de todos los cuidados, una creciente curva descendente. En el organismo sobrenatural suceden las cosas de otra manera. Crece sin cesar hasta que llegue la expansión total en el cielo. La gracia tiene que obrar en un organismo cada vez más perfecto

¹⁹ *Epp. Ign. IX*, 187.

²⁰ *Reglas del Maestro de novicios*, 3.^a parte, n. 3 (22) *Reg.* 399.

²¹ *Constituciones*, n. 686, Parte 8.^a, Cap. 3, n. 2 y *Epp. Ign. I*, 521.

²² *Epp. Ign. IX*, 512; *II*, 234 (B. 754).

²³ *Epp. Ign. IX*, 512; *IV*, 94.

²⁴ *Epp. Ign. IX*, 187; *I*, 634; *II*, 258.

²⁵ *Epp. Ign. I*, 194, 514.

²⁶ *Epp. Ing. IX*, 187 (cf. *I*, 511) *X*, 550; *I*, 706.

y en consecuencia necesita cada vez desplegar una energía mayor. Es lo que el Santo quiere significar cuando afirma que «cada día parece que Dios N. S. le da aumento de su gracia y virtud», cuando se desea y suplica con renovada insistencia que el alma «crezca», «siempre crezca más», «aumente de gracia de Dios», «se disponga a crecer»²⁷ y en general con su continuo martilleo de rogar y pedir «más» gracias, «más» virtudes, dones, «más» de todo, hasta el punto de que esta ansia del más, este exigir mayor abnegación, mayor perfección, mayores virtudes sin cesar sea una de las facetas más típicas de su espiritualidad y se repita casi continuamente en las Constituciones en forma de exigencia o consejo y en sus cartas en forma de deseo y ruego²⁸.

El fin de esta progresiva aplicación de la gracia «con mucha abundancia» es, en terminología ignaciana, «henchir» el alma. Tiene que sentirse el alma poseída por la gracia en toda su plenitud para poder tener la facilidad de movimientos y el entusiasmo convenientes. Sólo cuando «la Santísima Trinidad mirando a las sus inmensas y infinitas misericordias (se digna) *henchir* con mucha abundancia de sus dones y gracias espirituales» se sentirá con aliento y entusiasmo para correr velozmente a la meta de la santidad²⁹.

5) *Totalidad*.—Nos encontramos con uno de los aspectos que más repite el santo y del que, como veremos, deduce más consecuencias prácticas. Insiste que Dios concede esta gracia «en todo», «en estas y en todas cosas»³⁰. El santo encierra este concepto en un término típico suyo, en el de «entero». Así habla de gracia «entera», «entero favor y auxilio», o en la palabra similar de «*cumplida* gracia» que la repite casi continuamente en las despedidas de sus cartas, como la gracia más importante que desea para aquella alma³¹.

Con esta expresión de gracia entera o cumplida quiere el santo indicar que Dios concede una gracia de tal intensidad y fuerza, y con eficacia tan plena que el alma se aprovecha de ella, de un modo pleno «entero», dentro siempre de la limitada capacidad de criatura.

El recalcar esta faceta entra dentro de la táctica general que sigue

²⁷ *Epp. Ign.* IX, 552, 235; VIII, 532; IX, 475; I, 634; cf. I, 515, 634, 706; X, 668, etc.

²⁸ Cf. nuestro trabajo citado en la nota 15 «Visión ignaciana de Dios» texto correspondiente a las notas 39, 40, 41. Puede verse su exigencia del más, como en un compendio en las *Reglas generales sacadas de las Constituciones* (MHSI Reg. 320-331 y en nuestra edición, *Obras completas de San Ignacio*, Madrid, B. A. C. 1952, n. 86, pp. 600-610), «mejor proceder», «más aprovecharse», «más ayudarse en espíritu», «mayor abnegación y provecho espiritual», «más prontamente», etc.

²⁹ *Epp. Ign.* II, 150; cf. XI, 6.

³⁰ *Epp. Ign.* IV, 94; IX, 550.

³¹ *Epp. Ign.* I, 194, 244 (B. 690).

S. Ignacio al hablar de la gracia. Inspira tal confianza que se persuaden todos de que nunca les faltará la asistencia particular divina. Esta circunstancia de la «totalidad» completa su doctrina y cierra toda clase de escapatorias a las almas.

Se observa un cuidado singular de Dios en el alma que ansía recorrer el sendero de la perfección. El mayor avance que realiza es un reflejo de la amorosa asistencia divina. Por ello el alma no debe de temer ninguna empresa, aunque sea una «empresa grande...», pues toda nuestra suficiencia ha de venir del que para esta obra os llama»³².

Tratamos en otro artículo con todo detalle el modo singular con que Dios va llevando a un alma y las funciones que realiza. Todas ellas son en último término dones y gracias que concede Dios, y son facetas particulares de la gracia de que estamos tratando.

Como probábamos largamente allí, Dios va supliendo, enderezando, enseñando, guiando y proveyendo a un alma de todas las gracias que necesita. Esto lo hace con lo que el santo llama «visitas» divinas, y lo realiza con largueza y generosidad sin límites, poniendo en su obra un interés divino. Gracias a esta continua acción, que se extiende a todas las circunstancias, el alma queda remediada, enriquecida y con la virtud y eficacia suficientes para realizar el plan divino³³.

Efectos de las gracias espirituales

Esta es la realidad vista desde las alturas de las cumbres empíreas. Es la estampa de Dios santificando las almas. Contemplemos ahora el reverso de esta estampa: las almas recibiendo el influjo santificador divino. El efecto que esta acción produce en el hombre. El primer efecto es sin duda *la progresiva purificación* del alma, aunque la plena consumación de nuestra miseria sólo se efectuará pasado «el estado de la presente miseria», cuando «en la fragua del Eterno Amor de Dios Nuestro Criador y Señor se consuma toda nuestra malicia enteramente, siendo de El penetradas y del todo poseídas nuestras ánimas, y así las voluntades del todo conformadas, antes trasformadas en aquella, que es la misma esencial rectitud y perfecta Bondad»³⁴.

Pero nosotros consideramos el efecto principal: *la fortificación del alma* para mantenerse en la tensión espiritual que exige la vida de fervor. Jesucristo que «llena» su alma le va alzando «a su mayor servicio y alabanza por la su acostumbrada gracia». El alma percibe

³² *Epp. Ign.* I, 313 (B. A. C. 878).

³³ Textos y pruebas en el trabajo *Visión ignaciana de Dios* citado en la nota 15.

³⁴ *Epp. Ign.* I, 627.

«todas fuerzas... de arriba»³⁵ dentro de sí y en ellas y con ellas las «riquezas» divinas y como una «abundancia» sobrenatural divina³⁶ que le capacita para poner «fundamentos firmes», y suple con su «fortaleza... la fragilidad de la natura»³⁷. Gracias a esta infusión del espíritu divino está «en todo de arriba», toma fuerzas en su Criador y Señor.

Paralelo a este efecto de fortificación sobrenatural que se realiza en ese «todo alzar a su mayor servicio y alabanza», se produce otro de *interiorización*, en el sentido de profundidad.

S. Ignacio compara este resultado de la acción divina al *labrar e imprimir*³⁸. El alma se siente trasformada en lo más íntimo de su ser. El paso de Dios «ha imprimido en el ánimo... este vestigio de sí»³⁹, ha dejado una huella vital, que la ha fecundado en su esencia más íntima. Quedamos así «bien arraigados en Dios»⁴⁰.

Ese *sentir interno* de los valores sobrenaturales que el santo hace pedir en los ejercicios, y que desea al fin de tantas cartas que Dios conceda a las almas, es el efecto propio de esta «impresión» divina⁴¹. No es una superposición externa, sino algo que trasvasa la capa íntima del hombre y la empapa con su sustancia.

Se obra *una transformación* interna en lo más profundo del hombre: en sus deseos. Es una auténtica victoria de Dios que desaloja de lo más hondo de su presa todo lo que no se conforme con El. La Divina Liberalidad consigue de esta manera «vencer nuestros deseos y esperanzas»⁴².

De este doble efecto de fortificación y transformación internas viene la identidad de miras entre el alma y Dios, que observamos en los santos. Es «*la paz del Señor nuestro*», el gran fruto de la victoria de los intereses divinos sobre los humanos tan rastreros. Quedan las almas «en todo... quietas y pacíficas en esta vida en la verdadera paz del Señor»⁴³.

La paz «verdadera» que añade a la gracia santificante, que se da en toda alma en amistad con Dios, la percepción de ese bienestar, la facilidad en el trato con Dios, la atracción de lo sobrenatural, en una palabra lo que el Santo en los ejercicios llama «consolación», aunque

³⁵ *Epp. Ign. I*, 192, 193.

³⁶ *Cf. Epp. Ign. I*, 133.

³⁷ *Epp. Ign. I*, 150; X, 484.

³⁸ *Epp. Ign. VI*, 709; B. 875.

³⁹ *Epp. Ign. VI*, 86.

⁴⁰ *Epp. Ign. I*, 86.

⁴¹ «Y ha de haber mucho labrado y imprimido la divina gracia en el corazón de V. Sría. con el dar a sentir y amar los bienes eternos».

⁴² *Epp. Ign. VI*, 710; B. 815.

⁴³ *Epp. Ign. I*, 161.

no sean dos conceptos del todo iguales⁴⁴. Se comprende que un alma poseída de esta gracia «podrá bien llevar el peso que tiene sobre sus hombros por muy grande que sea»⁴⁵.

La transformación se realiza no sólo en el campo afectivo, sino que penetra también en la inteligencia. Se realiza una *iluminación* de los criterios, se da una inteligencia profunda de los pasos que se deben seguir. El alma recibe «luz y espíritu» —formula en bella síntesis el propio S. Ignacio— «para que acierte en lo que ha de ser para su mayor gloria y alabanza y para más perfección»⁴⁶.

Dios con esta luz «guía» y con el espíritu que infunde «ayuda a llevar el peso»⁴⁷.

Esta gracia no hace fructuosa sobrenaturalmente las acciones del hombre —esto es función propia de la gracia santificante—, sino «muy fructuosa para su santo servicio»; no sólo da favor, sino «entero» favor; la hace crecer «más, «mucho»; no sólo concede algunos auxilios, sino la «hinche» de toda clase de dones. En una palabra, la lleva no del mal al bien, sino «de mucho bien en mucho mejor»; no le incita a algunas virtudes, sino a todas, sin cesar, continuamente, con abundancia, copiosamente⁴⁸.

Irradiación divina en lo natural

S. Ignacio, decíamos al principio al encuadrar nuestro trabajo, ve la gracia no tanto en sí misma cuanto a Dios concediéndola. Por eso se eleva su pensamiento y mirada a las alturas celestiales y desde allá contempla el panorama espiritual de la santificación. Pero en ese vértice divino ve mucho más, ve cómo Dios es también la fuente y el origen de la actividad natural del hombre, y así de golpe da con un punto esencial de contacto entre la naturaleza y la gracia. En Dios creador y conservador, «autor de todo bien», según su expresión favorita, contempla los dos mundos, el natural y el sobrenatural.

Esta perspectiva inicial condiciona también su punto de vista predilecto en la contemplación de la naturaleza, idéntico al que hemos observado tenía en el mundo de la gracia. Es una visión dinámica, no

⁴⁴ Véase la diferencia que establece CALVERAS, *Ejercicios espirituales, Directorio y Documentos*, Barcelona, 1944, 442. Nos limitamos a entroncar este punto de la consolación dentro de la concepción ignaciana de la gracia. No podemos hacer más en un trabajo de este género. El tema además ha sido ya tratado. Véase la Bibliografía que apuntamos en *Obras completas de S. Ignacio*, Madrid, 1952, 227, nota 137.

⁴⁵ *Epp. Ign.* XI, 6-B. 940.

⁴⁶ *Epp. Ign.* XI, 191; B. 941.

⁴⁷ *Epp. Ign.* VII, 313; B. 878.

⁴⁸ *Epp. Ign.* I, 511. Véanse textos de las notas 31, 28, 29, 24, 23, 10, 9.

estática, de Dios concurriendo con el hombre, y del hombre recibiendo el influjo divino. Mira las criaturas «como una imagen de la Santísima Trinidad... templos vivos del Espíritu Santo, miembros de Jesucristo Nuestro Señor»⁴⁹. Este es el ángulo desde que las contempla: «mirar las criaturas no como bellas o graciosas, sino como bañadas en la sangre de Cristo, e imágenes de Dios, templo del Espíritu Santo»⁵⁰.

Para nuestro santo lo natural era en último término «lo que me ha dado» el Señor⁵¹. De este principio central dedujo su talento práctico la sincronización de los dos mundos. Los veía colgados de la mano de Dios, dirigidos por El. No podría haber oposición en sus funciones. Se complementaban. La solución estaba en usar de ambos del modo con que Dios quería se usaran.

Aquí radicó el secreto de S. Ignacio: colocar los valores en su punto culminante, en el de su intersección, es decir, en Dios, lo que a su vez formaba parte de una táctica más general en él, de ver todo en Dios.

El principio y fundamento fué el resultado luminoso de este enfoque certero. Dios le había dado las demás cosas como escala para subir a El. Debía, por consiguiente, usar de ellas en la medida que le sirvieran para este excelso fin. En este concepto «de las demás cosas» entraban todos los elementos. Luego él debía «usar de todas dos partes» en cuanto le sirvieran para su perfección y para llegar a Dios.

El mismo Dios en su suave providencia usaba de todos los elementos, armonizándoles en un plan admirable. S. Ignacio, observador por naturaleza, se fijó en el ejemplo divino que «así procede», y dedujo de este soberano dechado que «quiere que los hombres procedan, siguiendo la lumbre de razón que nos ha dado, si otra mayor y más cierta luz no diere El mismo, la cual, si hubiese, sería menester seguiría sin mirar otras razones»⁵².

Y en las Constituciones establece el mismo principio si cabe de una manera aún más diáfana: Después de precisar que tenemos que usar de los medios naturales añade la razón: «no para confiar en ellos, sino para cooperar a la divina gracia, según la orden de la Suma Providencia de Dios N. S., que quiere ser glorificado con lo que El da como Criador, que es lo natural, y con lo que El da como Autor de la gracia, que es lo sobrenatural». Y de este luminoso prin-

⁴⁹ *Epp. Ign. I*, 503.

⁵⁰ *Epp. Ign. XII*, 251.

⁵¹ *Epp. Ign. IX*, 626.

⁵² Texto del P. Polanco, *Epp. X*, 609.

⁵³ *Constituciones*, n. 814.

cipio saca la obvia consecuencia: «Y así deben procurarse los medios humanos o adquisitos con diligencia»⁵³.

Modo de conjugar los valores naturales y sobrenaturales

Se inicia ya aquí la solución radical de S. Ignacio para aprovechar en la práctica los valores encerrados en cada criatura. No descansó el santo hasta que dió con la fórmula que le permitiera utilizar del modo más perfecto las energías de los dos mundos natural y sobrenatural contenidas en ellas. La fórmula, sencilla como todas las grandes fórmulas, es la siguiente: *ayudarse* de lo natural en cuanto sirve para el fin, pero *confiar* sólo en lo sobrenatural.

Como se trata del principio fundamental en esta materia, queremos dar los principales textos ignacianos sobre el tema.

Uno acabamos de indicarlo en parte a otro propósito: «Los medios naturales ayudarán universalmente no para confiar en ellos, sino para cooperar a la divina gracia». Y poco antes, al principio de la Décima Parte, había enunciado el valor de los otros medios, de los sobrenaturales: «Es menester en El solo poner la esperanza... Y conforme a esta esperanza el primer medio y más proporcionado será de las oraciones y sacrificios»⁵⁴.

El mismo principio expresa con gran vigor en una de sus cartas «teniendo por error confiar y esperar en medios algunos o industrias en sí solas, y también no teniendo por vía segura confiar el todo en Dios N. S. sin quererme ayudar de los que se me ha dado, por parecerme en el Señor nuestro que debo usar de todas dos partes»⁵⁵.

En una minuta manda al P. Polanco que responda al P. Juan Alvarez refutando su opinión de que usar de favores humanos era «curvare genua ante Baal» e indicándole «cómo los medios humanos es bien usar, aunque se ponga la confianza en los divinos»⁵⁶.

El solícito Secretario explicó largamente el esquema propuesto por el fundador. Vamos a copiar algunos de los párrafos, pues nos manifiestan el modo de pensar de S. Ignacio:

«Mirando aun en sí la espiritual filosofía, no parece vaya muy sólida, ni muy verdadera, es a saber, que usar medios o industrias humanas y aprovecharse o servirse de favores humanos, sea curvare genua ante Baal, antes parece que quien no piensa sea bien servirse dellos y esponder entre otros este talento que Dios da... que no ha bien aprendido a ordcnar todas las cosas a la gloria divina... Aquel se podría decir curvare genua ante Baal, que de tales medios huma-

⁵⁴ *Constituciones*, nn. 814, 812.

⁵⁵ *Epp. Ign.* IX, 626.

⁵⁶ *Epp. Ign.* II, 484.

nos hiciere más caudal y pusiese más esperanza en ellos, que en Dios y sus graciosas y sobrenaturales ayudas; pero quien tiene en Dios el fundamento todo de su esperanza, y para el servicio suyo se aprovecha de los dones que él da, internos y externos, espirituales o corporales, pensando que su virtud infinita obrará con medios o sin ellos todo lo que le plugiere, pero que esta solicitud le place cuando rectamente por su amor se toma, no es esto *curvare genua ante Baal*, sino ante Deum, reconociéndole por autor, no sólomente de la gracia, pero aun de la natura». Y después de probar lo dicho con testimonios de la Sagrada Escritura y de los Padres concluye: «Pero en esta parte baste lo dicho, que es en suma; que usar medios humanos a sus tiempos, enderezados puramente a su servicio no es mal, cuando en Dios y su gracia se tiene el áncora firme de la esperanza, pero no usar de los tales, cuando Dios, por otras vías proveyendo, los hace ser excusados, o cuando no se esperase que ayudaría para su mayor servicio, en esto todos somos de acuerdo»⁵⁷.

Tenemos aquí la clave de la prudencia divina que notaba Gonçalves da Cámara en el modo de proceder de S. Ignacio⁵⁸ y de la solución adoptada en el uso de los medios naturales y sobrenaturales, como consecuencia de su entronque común en la Omnipotencia divina. Se da una perfecta sincronización entre su actitud y su ideología. Descansaba confiado en esta radical y definitiva solución del problema. Ve la reverberación de Dios en el mundo, o mejor, ve a Dios influyendo sin cesar en el mismo. Encontró la clave en este traslado del centro de gravedad del mundo al cielo. El centro de gravedad era «la esperanza» en lo sobrenatural, pero los radios de ese centro, complemento necesario, constituyen lo natural.

En último término esta postura no es más que una parte del principio y fundamento, eje de toda la estructura ignaciana. No vamos ahora a explicar un punto tan conocido. Baste haberlo situado dentro del horizonte general de su espiritualidad.

Consecuencias prácticas de esta sincronización

Ahora necesitamos más bien seguir esta línea y ver la irradiación luminosa que la vista de la acción continua divina, aun en lo más bajo, proporcionaba a su mentalidad. Son las consecuencias prácticas que S. Ignacio sacaba con rigurosa lógica y sabía mantener en la realidad.

La primera y fundamental consecuencia que a su vez se convierte en fecundo principio es *la supremacía de lo sobrenatural*. Este pen-

⁵⁷ *Epp. Ign. II*, 480, 483.

⁵⁸ Véase texto correspondiente a la nota 3.

samiento puede parecer demasiado evidente y conocido. Y lo es. Pero no se sacan siempre las conclusiones de S. Ignacio. Aquí comienza la fuerza genial de nuestro Santo. Véase.

Nosotros, cuando nos quedamos sin fuerzas naturales para solucionar una crisis cualquiera, damos por perdida la causa de que se trata. S. Ignacio piensa de manera muy distinta. Juzga que en ese momento histórico, en que la naturaleza se da por vencida, *sobreviene la hora de Dios*, quien interviene por su cuenta, «pone su mano». La solución, aunque aparentemente sea una pérdida, un fracaso, no es un mal, es una victoria de Dios. Lo que pasa es que nuestra vista miope no alcanza a escudriñar muchas veces el fin beneficioso que Dios pretende con esa operación, a nuestro parecer, luctuosa.

A otro propósito hemos hablado de las «visitas» de Dios. S. Ignacio concibe el dolor, el fracaso, como una operación quirúrgica que hace el Señor para extirpar alguna desordenada afición del alma, operación que será dolorosa e incómoda, si se quiere, pero que es un bien inmenso y supone una exquisita fineza en el que la proporciona y dirige.

En el momento en que nos encontramos no considera S. Ignacio estos fallos naturales desde el punto de vista de Dios —«visitas» divinas—, sino desde el ángulo del hombre y asegura que aun desde esta perspectiva humana las soluciones aparentemente desagradables, cuando se dan por incapacidad natural nuestra, no por culpabilidad propia, no son un mal. Escapan a nuestra posibilidad, pero no a las de Dios, para quien «no hay cosa imposible»⁵⁹.

Sólo desde este punto de vista se entienden sus reacciones, como cuando escribe a un enfermo: «Como dicen que su mal es incurable humanamente, dejaremos obrar a Dios N. S. que es salud verdadera de todos»⁶⁰. O como cuando escribe por medio de Polanco: «A la voluntad de Dios N. S. no podrá resistir ningún consejo humano»⁶¹.

Es decir. El santo no considera al hombre como un ser que puede trabajar hasta un límite determinado de posibilidades y que al pasar de ese extremo explota, se deshace, sino más bien, trasladando, como siempre, el enfoque a campos más elevados, considera a Dios poniendo en el hombre un determinado número de energías, y reservando otras a su beneplácito. Cuando el hombre ha consumado las que Dios le ha dado, no viene el vacío, el fracaso, sino la hora de una *intervención* divina más potente y directa. Por esto no duda en escribir a un alma atribulada: «Tened buen ánimo, estando cierto que la

⁵⁹ *Epp. Ign. IX*, 545.

⁶⁰ *Epp. Ign. IX*, 78.

⁶¹ *Epp. Ign. IX*, 192.

Providencia divina no os dará los trabajos, sino en la medida que os conviene»⁶².

Dios mide lo que coloca en cada alma y lo condiciona a la limitada potencia de ésta, pero la refuerza en la medida que juzgue oportuno apoyarla con sus infinitas fuerzas.

Todavía otra deducción importante de esta premisa. «Donde hay mucha contradicción, se sigue mucho fruto y aun se suele fundar la Compañía»⁶³.

Cuando se le imponen a uno un sinnúmero de dificultades y trabajos, dada la limitada resistencia de toda criatura, Dios tiene que intervenir de modo más notorio. Luego en esos casos álgidos la obra no se fundamenta en la débil arena humana, sino en la granítica roca de la fuerza divina. No se anula con esto lo natural, sino se reconocen sus límites y se tiene siempre a mano el recurso para el momento siempre trágico del agotamiento. Es —como el santo precisa con fórmula justa— dejar «la humana prudencia por la superhumana»⁶⁴.

Dios presente en la naturaleza, la realza y sublima

S. Ignacio no sólo busca en Dios la solución de la limitación intrínseca de los valores naturales, sino que encuentra en el mismo Dios el objeto que da sentido auténtico y real a la actividad de la naturaleza.

Sabemos que Dios ha concedido un mérito sobrenatural a las acciones ordinarias hechas en gracia. De esta verdad elemental saca S. Ignacio una vez más profundas consecuencias. Descubre que el fracaso en el orden natural no es óbice de que se realice eso en el orden sobrenatural. «Cuando la diligencia se hace por todas partes, sin que haya escrúpulo de negligencia o flojedad»⁶⁵, no se puede hablar de fracaso, aunque sus planes no se hayan realizado conforme al plan previsto, porque se ha realizado eso mismo de modo más perfecto en un orden más trascendente y de más valor.

Escribe, por ejemplo, a uno que, a pesar de sus vehementes deseos, no consiguió ir a misiones. Los deseos han realizado sobrenaturalmente lo que no ha alcanzado la voluntad en el orden natural. Es en verdad misionero aunque no haya dejado Europa. «Los descos —escribe a uno que estaba en estas circunstancias— que tuvistes de ir a la China y Japón no creo os hayan sido infructuosos en el Divino

⁶² *Epp. Ign.* IX, 429; cf. IX, 507.

⁶³ *Epp. Ign.* XII, 119.

⁶⁴ *Epp. Ign.* II, 474.

⁶⁵ Frases de Polanco, *Epp. Ign.* X, 609.

acatamiento, pues habrá sido la oblación de vuestra voluntad aceptada»⁶⁶.

Porque el valor radica en esta entrega de la voluntad a Dios. Las demás manifestaciones externas, naturales, en tanto tienen valor en cuanto son muestras de esta íntima entrega. «Otras devociones... como no son cosas sustanciales, no hacen perfecto al hombre cuando abundan, pero tampoco imperfecto cuando faltan»⁶⁷.

Todavía otra disección profunda que opera S. Ignacio: separa cuidadosamente la franja de *los valores reales que hay en lo natural*, de lo que solamente brilla al exterior sin sustancia interna. El valor lo estima en función de la utilidad que ofrece el objeto. Y como las cosas están hechas para Dios, aun naturalmente valdrán en cuanto sirven para cumplir esta finalidad. «Tanto y no más deben amarse estas y aquellas cosas: enfermedad, salud... en cuanto agradan a su Sapientísima y rectísima Voluntad»⁶⁸.

Todos los que han escrito sobre S. Ignacio han llamado la atención sobre el número casi exagerado de veces que repite «para la gloria de Dios, para el servicio divino». La razón de este fenómeno es muy sencilla. Este elemento da la auténtica dimensión del valor de los objetos, y el santo necesita aplicarla sin cesar para hacer rendir el máximo a los elementos que tiene entre manos. De aquí su norma: «Bastaría el ver una obra de tanto y tan notable servicio divino» para lanzarse a ella⁶⁹. Esa obra tiene la garantía de la autenticidad, encierra el verdadero valor. Era la condición infalible para moverse: «Esto en mis días querría se hiciese, siendo para más servicio y gloria suya». «Tanto puedo en esta vida amar a persona, cuanto en servicio y alabanza de Dios N. S. se ayuda»⁷⁰.

Como se ve, otra vez nos encontramos dentro de la órbita del Principio y Fundamento. Es que en S. Ignacio, en este punto de la jerarquía de los valores, a poco que se vaya río arriba a la fuente de su acción, se da en seguida con el manantial inagotable de esa verdad. Pero una vez más repetimos, y es necesario hacerlo, porque el mérito del santo no reside tanto en haber diagnosticado con tino maestro la calidad de cada pieza —esto es la base necesaria— cuanto en haber sabido dar con los resortes más eficientes para sacar de ellas el mayor partido posible.

El resorte que utiliza para aprovechar el valor, es el de *la responsabilidad*, elevada —como siempre en él— a las zonas divinas. No usar de un instrumento dentro de los límites de la capacidad y utili-

⁶⁶ *Epp. Ign. VI, 87.*

⁶⁷ *Epp. Ign. VI, 110; B. 857.*

⁶⁸ *Epp. Ign. XII, 216; cf. I, 80.*

⁶⁹ *Epp. Ign. VIII, 552.*

⁷⁰ *Epp. Ign. VI, 475; I, 80.*

dad es, en último término, despreciar a Dios que nos lo ha puesto en nuestras manos. Se despilfarran no realidades pequeñas, sino perlas valiosas puestas por Dios en las criaturas. La estima de esta intervención divina, no el apego a las cosas, era el resorte que dirigía su conducta. Si servía a los hombres era porque «en servir a sus siervos pienso servir a mi Señor», y «en amar y servir a los que son veros siervos de mi Señor, al mismo Señor de todos se ama y se sirve»⁷¹.

Se comprende ahora por qué el santo se afanaba tanto por emplear de modo tan ambicioso todos los valores humanos. Eran un valor auténtico. Encerraban riquezas imperecederas, divinas. Valía la pena esforzarse y cansarse en el aprovechamiento de semejante tesoro. Con esta proyección que lanza sobre las realidades terrestres, es obvio que «el alma deseosa de servir en todo a su Criador y Señor —como era El— *busque todos los buenos medios a ella posibles*»⁷².

Interés en utilizar todos los medios, empeño en no desperdiciar ni una partícula, confianza en su valor, son actitudes típicamente ignacianas, que brotan espontáneamente de esta perspectiva. Su conducta personal, de constancia casi sobrehumana, indica la fuerza con que agarraba estos factores en sí deleznable. Si no estuvieran continuamente reflejándole al único valor, Dios, los hubiera soltado.

Anota el P. Gonçalves da Cámara: «Por ningún respeto humano, ni dificultad que se ofrecía, dejaba nunca N. P. de hacer lo que entendía poder resultar mayor servicio de Dios y bien del prójimo»⁷³.

El P. Ribadeneyra observó en S. Ignacio lo mismo: «Era magnánimo y longánimo, y en las cosas que emprendía incansable, y por ninguna dificultad ni contradicción que se ofreciese volvía atrás de lo que juzgaba que convenía para el servicio de Nuestro Señor»⁷⁴.

Deducciones ignacianas de esta irradiación divina

Necesitamos contemplar todavía otro efecto. La grandeza de Dios, a quien contemplaba el santo en el fondo de los objetos, contrarrestaba la acción deleznable de la debilidad humana. La miseria inherente a todo lo humano no empequeñecía su visión y usaba de las cosas con una largueza de miras y confianza propias de quien cree que maneja grandes valores.

Manda por medio de Polanco: «La fundación [de los colegios de Praga y Viena] sea la mayor y mejor que se pudiere»⁷⁵. Durante una

⁷¹ *Epp. Ign.* I, 313, 364.

⁷² *Epp. Ign.* I, 170.

⁷³ *Fontes narr.* I, 689.

⁷⁴ MHSI, *Scripta de Sto. Ignatio*, I, 463.

⁷⁵ *Epp. Ign.* IX, 115.

crisis económica ordena —también por medio de su Secretario—: «No se falte en lo necesario. Dios proveerá el dinero» ⁷⁶.

Guiado por el mismo espíritu indica que «debemos desear lo más sano y lo más seguro que sea posible» ⁷⁷, y establece las normas de acción rebosantes de confianza y optimismo; preferir las obras mejores, las más universales y perpetuas ⁷⁸.

La fuerza divina pone alas en su espíritu y le eleva confiado a realizar las empresas más sublimes. Ansía ejecutar todo «cuanto más presto fuere posible», y que «se use en el sanar la diligencia que usan los herejes para infectar los pueblos» ⁷⁹.

Con esta persuasión del valor profundo impreso por Dios a las cosas y el sentido de responsabilidad que le espolcaba a aprovechar hasta el máximo las energías de la naturaleza, se combinaba en S. Ignacio un sano realismo y una exacta percepción de la debilidad intrínseca al hombre de por sí. Realista como siempre no se deja llevar por un entusiasmo impetuoso en el empleo de estos objetos, ni exige marchas forzadas, sino impone más bien un régimen de *moderación y discreción*.

También esta regla práctica está regulada por la más pura teología. Es el reconocimiento efectivo del dominio divino, el someterse a la limitación humana, querida por el Hacedor, dejando de violentar las fuerzas en un afán de desordenado amor propio o rebeldía larvada.

Dios ha medido la capacidad de resistencia de cada criatura. Forzar este límite es superponer el interés propio desordenado al interés divino. Otra cosa es el confiar en Dios, una vez que sin culpa propia se siente la impotencia, que es lo que notábamos antes. Realizar lo que ahora indicamos sería violentar positivamente la frontera divina.

Guiado por esta diáfana luz conjuga maravillosamente los dos elementos en el uso de los valores terrenos: efectividad y moderación, responsabilidad y paz.

Son sus normas, que repite sin cesar: «Discreción santa», «moderación» y todavía «reducirse a la mediocridad de la discreción», ayudar «sin ansiedad y sin fatigarse demasiado» ⁸⁰. En las mismas Constituciones con exquisita prudencia pone entre los medios que ayudarán «para el durar y mantenerse en su ser todo este cuerpo»; «la moderación». Y en general en las Constituciones gusta repetir las

⁷⁶ *Epp. Ign.* IX, 491. Es conocida su admirable fe en la Providencia en momentos de penuria económica de los colegios germánicos y romanos. *Fontes narr.* I, 536-538; II, *Scripta* I, 390, 404-405.

⁷⁷ *Epp. Ign.* II, 193.

⁷⁸ *Epp. Ign.* XII, 252; cf. IX, 84 y B 821.

⁷⁹ *Epp. Ign.* XII, 262.

⁸⁰ *Epp. Ign.* VIII, 546; IX, 175; I, 507.

fórmulas de la limitación humana: «cuanto es posible, «por la condición de nuestra frágil natura»⁸¹, que reflejan el realismo en que basaba sus ordenaciones. En sus cartas se repiten parecidas máximas: «Use la moderación que conviene porque las cosas moderadas duran finalmente y no las demasiado violentas»⁸². Y aun en el cultivo de las virtudes quiere semejante discrección: «Guárdese de quererse humillar tanto que se dé lugar al espíritu de pusilanimidad». «En cuanto sea para mayor servicio divino, procurad de andar descansado y tener quien os ayude y alivie, porque más haréis conservándoos y enderezando a otros que si quisierades mucho trabajar por vuestra persona, que no puede sufrir mucho trabajo»⁸³.

Se entiende mejor la posición de S. Ignacio proyectándola sobre el problema en que es más difícil adoptar una actitud desinteresada y objetiva: el de la salud, don otorgado por Dios para que lo administremos en función de sus planes misteriosos. No tenemos derecho a dilapidar lo que no es nuestro.

S. Ignacio, consciente con sus principios, no se cansa de repetir el valor de la salud, a pesar de sus himnos entusiastas al mérito de la enfermedad. El equilibrio ignaciano se impone siempre en todo.

«Con el cuerpo sano podréis hacer mucho». «Siendo la mente sana in corpore sano, todo será más sano y más dispuesto para mayor servicio divino»⁸⁴. Y en consecuencia recomienda vivamente el conservarla. «Parece muy conforme a razón que Vuestra merced tenga cuenta con su salud, no se fatigando más de lo que sufre su medida de fuerzas y sujeto, conservándola para mayor servicio divino». «Procure estar sano para mayor servicio divino», «atienda a conservarse sano, no fatigándose más de lo que suavemente puede sufrir, para durar más a la larga en la fatiga a gloria divina»⁸⁵.

Se tiene en cuenta la recta jerarquía de valores, uno de los principios que le hizo aprovechar mejor las energías contenidas en la naturaleza y utilizar rectamente todas las criaturas. S. Ignacio nunca se olvida de esta recta ordenación. Este principio aparece todavía más claro en la siguiente recomendación: «Al cuerpo tanto debemos querer y amar, cuanto obedece y ayuda al ánima, y ella, con la tal ayuda y obediencia, se dispone más al servicio y alabanza de Nuestro Criador y Señor»⁸⁶.

Sustituuyamos «cuerpo» por cualquier criatura y tendremos el principio orientador ignaciano que le capacitó para ver claro en este en-

⁸¹ *Constituciones*, nn. 822, 288, 291, etc.

⁸² *Epp. Ign.* IX, 178.

⁸³ *Epp. Ign.* VI, 95, 110.

⁸⁴ *Epp. Ign.* I, 108; II, 237.

⁸⁵ *Epp. Ign.* XI, 191; VIII, 566; IX, 74.

⁸⁶ *Epp. Ign.* II, 235.

marañado problema y para establecer la justa gradación entre lo natural y sobrenatural, los dos mundos sobre los que gira la actividad humana.

S. Ignacio subió a Dios, encontrando en El la clave de su conducta. Bajó a las criaturas con este trascendental hallazgo, pero sin dejar de aplicar a cada objeto la luz de Dios, y controlar si ofrecía o no resistencia a la irradiación divina. Aquí tenía la señal de la autenticidad de los elementos encerrados en él. En tanto había genuino y real valor, en cuanto Dios se reflejaba en su superficie o reflejaba a Dios.

Y el santo, una vez que percibió la huella celestial en algún objeto, utilizaba este objeto con el interés y empeño de algo sumamente valioso.

Dios estaba en su origen, que había servido y seguía sirviéndose para su obra de aquella criatura, e iluminaba su estructura interna. Valía la pena empeñarse y esforzarse con confianza y optimismo en algo ligado tan íntimamente al valor por excelencia, al mismo Dios.

IGNACIO IPARRAGUIRRE, S. I.